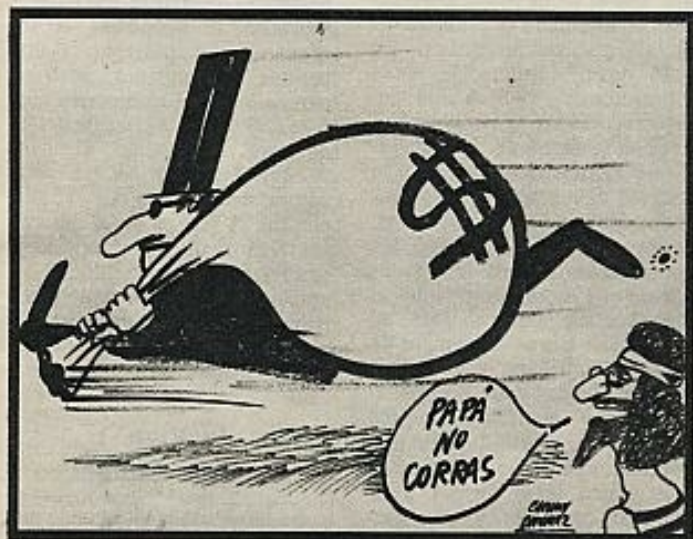


la necesidad de un sindicato obrero, de clase, unitario, democrático e independiente de los patronos". En esta misma línea, la Asamblea de cargos sindicales del metal de Zaragoza se ha pronunciado contra el proyectado Congreso de la CNS. En el documento dado a conocer a la opinión pública se dice: "No reconocemos un Congreso Sindical que se pretende montar a partir de las estructuras actuales. Sólo reconoceremos un Congreso constituyente, cuyos delegados hayan sido elegidos democráticamente desde la base, esto es, en las empresas".

Otra vez la Telefónica

En el mes de enero de este año, los trabajadores de la Telefónica fueron a la huelga para conseguir un aumento a cuenta del convenio que ahora se discute. Como se recordará, lograron entonces 4.000 pesetas men-

empresa dos cambios significativos: los ceses de González Bueno como presidente del Consejo y de Foncillas como consejero-delegado, y su sustitución por Tomás Allende y Luis Rodríguez Castellar. Estos cambios suponían, en opinión del Jurado, la sustitución de la "línea negociadora" por la "línea Villar Mir", y sus efectos se han hecho sentir de inmediato, pues la empresa ha congelado su oferta en una propuesta exigua, negándose a negociar cualquiera de las reivindicaciones sociales contenidas en la plataforma. En estas condiciones se inicia de nuevo el conflicto, arrancando de los centros tradicionalmente más combativos —Madrid, Barcelona, País Vasco y Asturias— y extendiéndose a otras provincias con unas características bastante distintas a las luchas del pasado enero, en razón a las causas ya señaladas y a la diversa situación en que se encuentra el movimiento obrero. En opinión de Alfredo García Moreno, José



suales y que no hubiera sanciones. El acuerdo fue un éxito de los empleados de Telefónica, que inmediatamente se pusieron a celebrar asambleas masivas en los centros para la elaboración del anteproyecto de convenio, y que supone un avance sobre los planteamientos generales de la clase obrera anteriores a la huelga de enero —control de los fondos sociales por los trabajadores, aumento y extensión de las garantías sindicales—, a la vez que recoge las reivindicaciones comunes al resto, como aumento lineal, IRTP y SS a cargo de la empresa, treinta días de vacaciones, etcétera. Antes de comenzar las negociaciones del convenio se produjeron en la dirección de la

A. Marzal Juan, presidente y vicepresidente de la Agrupación Sindical Nacional, y de Mariano Cabrejas de la Plaza, secretario del Jurado de Empresa, "nos enfrentamos en estos momentos con una situación en que, después de una semana de paros que se han extendido paulatinamente a todo el país y que tienden a aumentar, la correlación de fuerzas ha variado sensiblemente a nuestro favor; se impone, pues, en estas condiciones, una política inteligente de negociación con las espaldas bien cubiertas por la movilización latente de los trabajadores". En todo caso, la impresión más extendida es que la lucha por el convenio de la Telefónica se presenta larga, dado que la postura

Los
CoNteM
poRa
nEoS

LA FASTIDIOSA OPOSICION

LA oposición nunca hubiera podido traer la democracia a España", ha dicho el conde de Montarco. Pero, ¿quién cree este prócer que la está trayendo? ¿Cree que si no hubiese una presión continua, una resistencia incesante, una demanda a veces heroica, persistentemente difícil, iba nadie a buscar desde el poder la democracia? Sin embargo, su razonamiento es tan exacto como abominable: a la oposición no le hubieran dejado nunca traer la democracia "aquellas instituciones encargadas de velar por la legalidad". El hombre que quizá mañana, tal vez pasado, puede ser alcalde de Madrid —que conste que no es que él quiera, pero "si a mí el Rey me indica que debo ir a la Alcaldía de Madrid, iré sin dudarlo"; esperemos que el Rey no quiera—, cree que la oposición debe dejar tranquila a la derecha, que es la única que puede traer la democracia. Pero, señor conde, si la oposición deja tranquila a la derecha, la derecha no traerá nunca la democracia. No tiene ganas. Le fastidia la democracia. La concede a regañadientes. Tiene razón. Cuando venga la democracia, viajera largo tiempo retrasada, quizá el alcalde de Madrid lo sea por elección popular, y entonces el conde de Montarco no tendrá ninguna posibilidad. Léase lo mismo para otros cargos. ¿Quién no comprenderá que los que aspiran a esos cargos, los que los tienen, los "posibles" de hoy, tengan un considerable fastidio en ver aproximarse un futuro democrático? ¡Es tan molesto hacer una campaña electoral, enfrentarse en las urnas con un estuquista, con un camarero o con cualquier otro personaje del estado llano! ¡Es tan desagradable poder perder frente a tan desmañados —sin mañas— personajes!

La idea de que si nadie pide, exige, reclama la democracia, la democracia vendrá, pero que si se insiste en ella los pedigueros serán descalificados y se quedarán sin su democracia querida, es tan infantil como persistente. Una paradoja de nuestro tiempo. Se escucha no sólo en estos labios condales, sino en otros con más autoridad: "O nosotros, o nadie". Pero, ¿qué idea tienen de la democracia? ¿Qué idea tienen de la oposición? ¿Qué idea, en fin, tienen de ellos mismos y de la idea que nosotros (los de fuera) tenemos de ellos?

Lo que se plantea ahora no es tanto si la oposición puede traer la democracia a España, como si la democracia podrá traer a España a la oposición. Es algo sencillísimo y elemental: no hay democracia si no hay oposición, y precisamente si la oposición no está institucionalizada, respetada, salvaguardada, protegida, fomentada. La democracia es la oposición: si quien gobierna es la izquierda, la oposición es la derecha, y viceversa. Una oposición que vigila, controla, reclama, exige, demanda, expone. Desde el momento en que "las instituciones encargadas de velar por la legalidad" impiden la voz y el acceso al poder de la oposición, no hay democracia. Habrá, quizá, un régimen muy estimable, tal vez muy eficaz, muy constructivo: pero no será democracia. La idea de la democracia puede llegar unilateralmente, fraguada por unos solos, defendida por unos solos, acarada por unos solos; es perfectamente aberrante: la democracia es cosa de todos.

Hay que deplorar esta idea tan abundantemente expresada: apoyemos al Gobierno actual, porque sólo él es capaz de traer la democracia. Hay, quizá, algunas razones para apoyar al Gobierno, o a algunos de sus ministros, o a algunas de sus declaraciones, pero no ésa precisamente. La mejor forma de apoyar al Gobierno es no dejarle ser presa de la antidemocracia. La oposición también gobierna: gobierna desde enfrente. Con sus manifiestos, con sus programas, con su actividad, con su legalidad. Puede ser fastidiosa, puede ser molesta para algunos. Puede ser ilegal, si se quiere. Pero en ese caso, que se abandone el epléto de democracia. Estará en la mayoría de dictaduras que gobiernan los países del mundo, como recordó Solymitsin —"¡Un santo, un santo!", han exclamado algunas damas al verle en la televisión—, y tendrá sus propios métodos. Pero democracia... ¡Hombre, no! Que hagan lo que quieran, porque pueden... ¡pero que no nos tomen el viejo y encaneado pelo! ■

POZUELO